

El padre Tirso Alesanco, 1917-2011

In memoriam

El 11 de febrero, a primeras horas de la mañana, falleció en el monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja, España) el padre Tirso Alesanco. Acababa de cumplir 94 años: muchos para quien de joven parecía frágil y enfermizo; no tantos para quien hasta hace pocos meses se movía con soltura por la geografía española.

Había nacido en el mismo pueblo de San Millán, a escasos metros del monasterio, y en él pasó no pocos años de su vida. Primero, como estudiante de filosofía, durante los años de la República; luego, como profesor de la misma materia; y, finalmente, desde 1992 hasta su muerte, como miembro teóricamente jubilado de la comunidad, pero en realidad todavía lleno de vitalidad y de planes que le llevaban de una parte a otra de la Península para compartir sus saberes con las agustinas recoletas de clausura, a las que dedicó las últimas décadas de su vida.

San Millán con sus gentes, sus usos y sus tradiciones, pasó a formar parte de su entraña, haciéndose incluso un hueco en sus afanes literarios. Quedaba un tanto al margen de sus intereses académicos, pero no de sus afectos, y éstos de vez en cuando reclamaban su atención. En 1965 dio a la imprenta, en unión con el padre Serafín Prado, el *Extracto cronológico* de los documentos del archivo abacial, preparado en el siglo XVIII por el abad Plácido Romero. En 1978 pronunció en la Sociedad Artística Riojana de Logroño una conferencia sobre el restaurador del monasterio –*El padre Minguella, agustino recoleto riojano desconocido en su tierra*–, que después publicó en las páginas del *Boletín* de la provincia de San José. En 1999 prologó el *Catálogo de impresos de los siglos XV-XVIII* conservados en la biblioteca del monasterio.

Esos estudios no eran los que más le entusiasmaban, por más que luego volviera alguna otra vez sobre temas históricos como la instalación de los agustinos recoletos en Venezuela o los descalzos de Portugal. Su auténtica vocación fue la filosofía. A ella le inclinaba su temperamento y a ella le destinaron los superiores. Al finalizar la carrera sacerdotal en 1939, le mandaron a Roma, a la Universidad Gregoriana, donde se licenció en 1942 y luego siguió los cursos del doctorado. La delicada situación del momento y la dedicación a la cátedra no le permitieron dar entonces cima a sus estudios. Sólo en 1962, mientras enseñaba en Salamanca, pudo defender la tesis doctoral. Tenía por título *El instinto intelectual en la epistemología de Jaime Balmes*. Tres años más tarde veía la luz pública en Salamanca con un prólogo elogioso del filósofo Adolfo Muñoz Alonso.

Curiosamente, la publicación de la tesis coincide casi con su retirada de la enseñanza. Era la época en que se comenzaban a cerrar los centros propios y a inscribir a los jóvenes profesos en las facultades universitarias. En el capítulo de 1969 salió elegido prior provincial, y en el de 1972 fue confirmado en el cargo. Al concluir su segundo mandato continuó en la sede provincial como consejero, y a finales de 1978 se le encomendó la administración de la revista *Avvgustinvs* con residencia en la casa San Ezequiel Moreno de Madrid. Allí continuó hasta 1984, en que fue nombrado ecónomo provincial.

Todos esos cargos y prebendas le llegaron como de refilón, como reconocimiento a una valía que nadie le negaba, aunque algunos pudieran discutir su rendimiento y sus expresiones

concretas, es decir, las formas en que la manifestaba. Eran ocupaciones adventicias que no iban demasiado con él y que quizá le hurtaron un tiempo que podía haber dedicado a quehaceres que le eran más congeniales.

El padre Tirso será recordado, sobre todo, por su dedicación al magisterio, para el que tenía cualidades excepcionales. Poseía conocimientos superiores a lo normal, amor a las letras, agudeza y apertura de mente, gracejo y buen decir. Durante varios lustros la cátedra fue su ocupación casi única y a ella dedicó todos sus afanes, con gran fruto de sus discípulos que aún recuerdan su claridad expositiva, condimentada a veces por una ironía que podía herir a alumnos menos brillantes. Las clases ocuparon siempre un lugar preferente en su agenda. A ellas sacrificó incluso la participación en el mundo de la publicística eclesiástica, en la que, sin gran esfuerzo, podía haberse hecho un hueco. Luego, cuando la edad y las circunstancias le apartaron de la enseñanza, habían anidado en su interior rémoras que continuaron manteniéndole casi al margen de revistas, imprentas y editoriales. Sólo espoleado por las circunstancias o por personas de su confianza abandonó alguna que otra vez su habitual retraimiento y se avino a confiar a la imprenta el fruto de sus reflexiones.

Su aportación más substantiva fue el libro *Filosofía de San Agustín. Síntesis de su pensamiento*, publicado el año 2004 en Madrid por la Editorial Avgvstinvs. Es un libro de 511 páginas, en el que analiza de modo muy personal el pensamiento agustiniano sobre el hombre, sobre Dios y sobre el binomio hombre-Dios. En la primera sección, tras fundamentar la existencia del alma y sus relaciones con el cuerpo, se detiene en la explicación de su actividad, de su naturaleza, de su origen y de su destino. Ilustra aquí temas tan candentes como el relieve de la antropología en la filosofía del santo, así como la definición y papel de la memoria, concebida por el santo como «la facultad del alma que hace presente en la conciencia lo que está ausente», la sensación, la teoría de la iluminación, el origen y destino del alma inmortal. En la segunda sección afronta las cuestiones relativas a la existencia de Dios y a los argumentos con que trata de defenderla; luego se detiene en su naturaleza, subrayando su espiritualidad y transcendencia, su bondad, su belleza y su inmensidad. La sección termina con tres artículos sobre Dios Creador y sus relaciones con el mundo. Analiza la estructura ontológica de la criatura y las categorías de espacio y tiempo. La tercera sección, dedicada al binomio hombre-Dios, desarrolla el tema de la interiorización y sus relaciones con la alienación y la transcendencia, los principios capitales de la ética agustiniana –la vida feliz, la subordinación de la acción a la contemplación, la ley eterna, la conciencia, el orden del amor, las virtudes capitales– para terminar con la vida social, el ideal político, la familia y el derecho de propiedad.

El libro sobresale también por la calidad de su prosa. Frente al lenguaje abstruso y la ramplonería literaria de que suelen adolecer los tratados filosóficos, la de éste es siempre clara y precisa, y a veces hasta brillante. No es tampoco un centón hecho de retazos ajenos. Tirso ha leído las obras de Agustín y ha reflexionado largamente sobre ellas. Y su escrito es fruto de esa reflexión. Es, pues, una obra muy personal, lo que constituye otro gran valor en una época en que se escribe tanto sobre el santo y a menudo sin haberse adentrado personalmente en la lectura sistemática de sus obras, dependiendo de lecturas e interpretaciones ajenas. La suya es una obra sistemática y lógica, que trata de reducir la filosofía agustiniana a sus elementos y líneas esenciales, de las que después deduce consecuencias y corolarios que proporcionan al

libro espesor y sentido de totalidad. Es también de agradecer la cantidad y calidad de los textos reproducidos o citados, en los que los no especialistas, como serán la mayoría de sus lectores, encontrarán un tesoro y una guía para sus propias reflexiones.

En 1980 dio a la luz en la revista *Recollectio* un artículo con el título *El Carisma de la Orden*, publicado posteriormente en italiano por la revista *Vita consacrata* de la Editorial Ancora. Es quizá la mejor explicación de las tres notas esenciales del carisma recoleto, según el esquema que unifica los primeros capítulos de las constituciones, que, como es sabido, también fue obra suya. En 1987 dirigió el número con que la revista CONFER quiso celebrar el XVI Centenario de la Conversión de san Agustín, contribuyendo con un ensayo sobre el «Sentido agustiniano de la obediencia, de la pobreza y de la castidad».

Tirso no fue nunca un religioso de tantos. Era brillante en la cátedra, agudo en el debate, de trato agradable, gracioso y ocurrente en las conversaciones, y certero a la hora de aprisionar conceptos en fórmulas breves y claras.

Ángel MARTÍNEZ CUESTA